

Iglesia, Templo del Espíritu

26 de junio de 2013

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy querría aludir brevemente a otra imagen que nos ayuda a ilustrar el misterio de la Iglesia: el templo (cf. Concilio Ecuménico Vaticano II, Constitución Dogmática *Lumen gentium*, 6).

¿A qué ideas nos remite la palabra "templo"? Nos hace pensar en un edificio, en una construcción. De manera particular, la mente de muchos se dirige a la historia del Pueblo de Israel narrada en el Antiguo Testamento. En Jerusalén, el gran Templo de Salomón era el lugar de encuentro con Dios en la oración; en el interior del Templo estaba el Arca de la alianza, signo de la presencia de Dios en medio del pueblo; y en el Arca se encontraban las Tablas de la Ley, el maná y la vara de Aarón: un recuerdo del hecho de que Dios había estado siempre dentro de la historia de su pueblo, había acompañado su camino, había guiado sus pasos. El templo recuerda esa historia; también nosotros, cuando vamos al templo, debemos recordar, cada uno, nuestra historia: cómo me encontró Jesús, cómo Jesús caminó conmigo, cómo Jesús me ama y me bendice.

Lo que estaba prefigurado en el antiguo Templo, está realizado, por el poder del Espíritu Santo, en la Iglesia: la Iglesia es la "casa de Dios", el lugar de su presencia, donde podemos hallar y encontrar al Señor; la Iglesia es el Templo en el que habita el Espíritu Santo, que la anima, la guía y la sostiene. Si nos preguntamos: ¿Dónde podemos encontrar a Dios? ¿Dónde podemos entrar en comunión con Él a través de Cristo? ¿Dónde podemos encontrar la luz del Espíritu Santo, que ilumina nuestra vida? La respuesta es: en el pueblo de Dios, entre nosotros, que somos Iglesia. Aquí encontraremos a Jesús, al Espíritu Santo y al Padre.

El antiguo Templo estaba edificado por las manos de los hombres; se quería "dar una casa" a Dios para tener un signo visible de su presencia en medio del pueblo. Con la Encarnación del Hijo de Dios, se cumple la profecía de Natán al rey David (cf. 2S 7,1-29): no es el rey, no somos nosotros quienes "damos una casa a Dios", sino que es Dios mismo quien "construye su casa" para venir a habitar entre nosotros, como escribe san Juan en su Evangelio (cf. Jn 1,14). Cristo es el Templo viviente del Padre, y Cristo mismo edifica su "casa espiritual", la Iglesia, hecha, no de piedras materiales, sino de "piedras vivientes", que somos nosotros. El apóstol Pablo dice a los cristianos de Éfeso: «*Estáis edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, y el mismo Cristo Jesús es la piedra angular. Por Él, todo el edificio queda ensamblado, y se va levantando hasta formar un templo consagrado al Señor. Por Él, también vosotros entráis con ellos en la construcción, para ser morada de Dios, por el Espíritu*» (Ef 2,20-22). ¡Esto es algo hermoso! Nosotros somos las piedras vivas del edificio de Dios, unidas profundamente a Cristo, que es la piedra de sustentación, y también de sustentación entre nosotros. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que el templo somos nosotros; somos la Iglesia viviente, el templo viviente, y, cuando estamos juntos, está también entre nosotros el Espíritu Santo, que nos ayuda a crecer como Iglesia. No estamos aislados, sino que somos pueblo de Dios: iesta es la Iglesia!

Y es el Espíritu Santo, con sus dones, quien diseña la variedad. Esto es importante: ¿qué hace el Espíritu Santo entre nosotros? Él diseña la variedad, que es la riqueza de la Iglesia y une todo y a todos, construyendo un templo espiritual, en el que no ofrecemos sacrificios materiales, sino a nosotros mismos, nuestra vida (cf. 1P 2,4-5). La Iglesia no es un entramado de cosas y de intereses, sino que es el Templo del Espíritu Santo, el Templo en el que Dios actúa, el Templo en el que cada uno de nosotros, con el don del Bautismo, es piedra viva. Esto nos dice que nadie es inútil en la Iglesia, y que si alguien dice a otro: "Vete a casa, eres inútil", eso no es verdad, porque nadie es inútil, todos somos necesarios para construir

este Templo! Nadie es secundario, y nadie es el más importante en la Iglesia; todos somos iguales a los ojos de Dios. Alguno de vosotros podría decir: "Oiga, señor Papa, usted no es igual a nosotros". Pues sí: soy como uno de vosotros; todos somos iguales, somos hermanos! Nadie es anónimo: todos formamos y construimos la Iglesia. Esto nos invita también a reflexionar sobre el hecho de que si falta la piedra de nuestra vida cristiana, le falta algo a la belleza de la Iglesia. Hay quienes dicen: "Yo no tengo nada que ver con la Iglesia", pero así se cae la piedra de una vida en este bello Templo. Nadie puede irse de él; todos debemos llevar a la Iglesia nuestra vida, nuestro corazón, nuestro amor, nuestro pensamiento y nuestro trabajo: todos juntos.

Desearía entonces que nos preguntáramos: ¿Cómo vivimos nuestro ser Iglesia? ¿Somos piedras vivas o somos, por así decirlo, piedras cansadas, aburridas, indiferentes? ¿Os habéis dado cuenta de lo desagradable que es ver a un cristiano cansado, aburrido, indiferente? Un cristiano así no funciona; el cristiano debe estar vivo, alegre de ser cristiano; debe vivir la belleza de formar parte del Pueblo de Dios que es la Iglesia. ¿Nos abrimos nosotros a la acción del Espíritu Santo para ser parte activa en nuestras comunidades, o nos cerramos en nosotros mismos, diciendo: "tengo mucho que hacer, no es tarea mía"?

Que el Señor nos dé a todos su gracia, su fuerza, para que podamos estar profundamente unidos a Cristo, que es la piedra angular, el pilar, la piedra de sustentación de nuestra vida y de toda la vida de la Iglesia. Oremos para que, animados por su Espíritu, seamos siempre piedras vivas de su Iglesia.

(Saludo a los peregrinos de lengua española)

SEDE APOSTÓLICA

SANTO PADRE

Francisco

Catequesis

AUDIENCIA GENERAL - AÑO DE LA FE 2012-2013

Iglesia, Templo del Espíritu

26 de junio de 2013

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy querría aludir brevemente a otra imagen que nos ayuda a ilustrar el misterio de la Iglesia: el templo (cf. Concilio Ecuménico Vaticano II, Constitución Dogmática *Lumen gentium*, 6).

¿A qué ideas nos remite la palabra "templo"? Nos hace pensar en un edificio, en una construcción. De manera particular, la mente de muchos se dirige a la historia del Pueblo de Israel narrada en el Antiguo Testamento. En Jerusalén, el gran Templo de Salomón era el lugar de encuentro con Dios en la oración; en el interior del Templo estaba el Arca de la alianza, signo de la presencia de Dios en medio del pueblo; y en el Arca se encontraban las Tablas de la Ley, el maná y la vara de Aarón: un recuerdo del hecho de que Dios había estado siempre dentro de la historia de su pueblo, había acompañado su camino, había guiado sus pasos. El templo recuerda esa historia; también nosotros, cuando vamos al templo, debemos recordar, cada uno, nuestra historia: cómo me encontró Jesús, cómo Jesús caminó conmigo, cómo Jesús me ama y me bendice.

Lo que estaba prefigurado en el antiguo Templo, está realizado, por el poder del Espíritu Santo, en la Iglesia: la Iglesia es la "casa de Dios", el lugar de su presencia, donde podemos hallar y encontrar al Señor; la Iglesia es el Templo en el que habita el Espíritu Santo, que la anima, la guía y la sostiene. Si nos preguntamos: ¿Dónde podemos encontrar a Dios? ¿Dónde podemos entrar en comunión con Él a través de Cristo? ¿Dónde podemos encontrar la luz del Espíritu Santo, que ilumina nuestra vida? La respuesta es: en el pueblo de Dios, entre nosotros, que somos Iglesia. Aquí encontraremos a Jesús, al Espíritu Santo y al Padre.

El antiguo Templo estaba edificado por las manos de los hombres; se quería "dar una casa" a Dios para tener un signo visible de su presencia en medio del pueblo. Con la Encarnación del Hijo de Dios, se cumple la profecía de Natán al rey David (cf. 2S 7,1-29): no es el rey, no somos nosotros quienes "damos una casa a Dios", sino que es Dios mismo quien "construye su casa" para venir a habitar entre nosotros, como escribe san Juan en su Evangelio (cf. Jn 1,14). Cristo es el Templo viviente del Padre, y Cristo mismo edifica su "casa espiritual", la Iglesia, hecha, no de piedras materiales, sino de "piedras vivientes", que somos nosotros. El apóstol Pablo dice a los cristianos de Éfeso: *«Estáis edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, y el mismo Cristo Jesús es la piedra angular. Por Él, todo el edificio queda ensamblado, y se va levantando hasta formar un templo consagrado al Señor. Por Él, también vosotros entráis con ellos en la construcción, para ser morada de Dios, por el Espíritu»* (Ef 2,20-22). ¡Esto es algo hermoso! Nosotros somos las piedras vivas del edificio de Dios, unidas profundamente a Cristo, que es la piedra de sustentación, y también de sustentación entre nosotros. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que el templo somos nosotros; somos la Iglesia viviente, el templo viviente, y, cuando estamos juntos, está también entre nosotros el Espíritu Santo, que nos ayuda a crecer como Iglesia. No estamos aislados, sino que somos pueblo de Dios: iesta es la Iglesia!

Y es el Espíritu Santo, con sus dones, quien diseña la variedad. Esto es importante: ¿qué hace el Espíritu Santo entre nosotros? Él diseña la variedad, que es la riqueza de la Iglesia y une todo y a todos, construyendo un templo espiritual, en el que no ofrecemos sacrificios materiales, sino a nosotros mismos, nuestra vida (cf. 1P 2,4-5). La Iglesia no es un entramado de cosas y de intereses, sino que es el Templo del Espíritu Santo, el Templo en el que Dios actúa, el Templo en el que cada uno de nosotros, con el don del Bautismo, es piedra viva. Esto nos dice que nadie es inútil en la Iglesia, y que si alguien dice a otro: "Vete a casa, eres inútil", eso no es verdad, porque nadie es inútil, todos somos necesarios para construir este Templo! Nadie es secundario, y nadie es el más importante en la Iglesia; todos somos iguales a los ojos de Dios. Alguno de vosotros podría decir: "Oiga, señor Papa, usted no es igual a nosotros". Pues sí: soy como uno de vosotros; todos somos iguales, somos hermanos! Nadie es anónimo: todos formamos y construimos la Iglesia. Esto nos invita también a reflexionar sobre el hecho de que si falta la piedra de nuestra vida cristiana, le falta algo a la belleza de la Iglesia. Hay quienes dicen: "Yo no tengo nada que ver con la Iglesia", pero así se cae la piedra de una vida en este bello Templo. Nadie puede irse de él; todos debemos llevar a la Iglesia nuestra vida, nuestro corazón, nuestro amor, nuestro pensamiento y nuestro trabajo: todos juntos.

Desearía entonces que nos preguntáramos: ¿Cómo vivimos nuestro ser Iglesia? ¿Somos piedras vivas o somos, por así decirlo, piedras cansadas, aburridas, indiferentes? ¿Os habéis dado cuenta de lo

desagradable que es ver a un cristiano cansado, aburrido, indiferente? Un cristiano así no funciona; el cristiano debe estar vivo, alegre de ser cristiano; debe vivir la belleza de formar parte del Pueblo de Dios que es la Iglesia. ¿Nos abrimos nosotros a la acción del Espíritu Santo para ser parte activa en nuestras comunidades, o nos cerramos en nosotros mismos, diciendo: "tengo mucho que hacer, no es tarea mía"?

Que el Señor nos dé a todos su gracia, su fuerza, para que podamos estar profundamente unidos a Cristo, que es la piedra angular, el pilar, la piedra de sustentación de nuestra vida y de toda la vida de la Iglesia. Oremos para que, animados por su Espíritu, seamos siempre piedras vivas de su Iglesia.

(Saludo a los peregrinos de lengua española)